



# LA AGONÍA

4º Concurso Cuentos Repsol  
2º Premio en Castellano

*Autor: Agustín Hermida Castro*

**Año 1991**



*(...) j'ai lu tous les livres*

**S. Mallarmé**

Mi agonía es única, y por tanto no puedo hablar de ella sin una vaga sensación de estar siendo incomprendido e incluso denigrado. Sé, por una parte, que la culpa fue mía desde el momento en que pude descifrar la primera letra, pero también sé que la responsabilidad de mi martirio es múltiple y que todos los hombres (aún los sabios de las épocas más remotas) participan de ella por no haber creado jamás una obra excelsa e infinita, en la que pudiesen recrearse mis ojos siglo tras siglo. Esta posibilidad, o la de la ausencia total de literatura, sirven para consolarme en las largas tardes vacías sin un libro que agotar, porque la mayor gloria de un literato sería sin duda no haber conocido nunca la Literatura (intemporal y, como yo he podido comprobar, atrocemente limitada) o sentirse unido a ella para siempre. Reconozco que ninguna de las dos cosas me sucedió por ahora a mí; vaticino a veces que no me sucederá jamás, y entonces tiemblo y mi agonía se hace más cruel de lo que había sido hasta ese instante, y no me queda más remedio que confesar para todos los hombres que quieran oírme que yo **he leído ya todos los libros** y que no hay una obra en la Tierra en la que no me hubiera sumergido por espacio de algunas horas. Esta realidad me desespera (antes de conocerla la ansiaba con todas mis fuerzas) y tratando de

buscarle una salida di con los pensamientos más extraños y también con los más sublimes, gracias a los cuales estuve a punto de ser considerado loco. Pensé primero, cuando solamente me restaba un libro por leer, que podría eternizarme en él y pasar el resto de mi vida perdido en la profundidad de una de sus letras. Este libro era inexplicablemente la Odisea (quizás era también el Ulises de Joyce), pero la encontré tan insignificante dentro de la enorme cantidad de palabras ya leídas, que no me duró más de un segundo. Entonces comencé de nuevo la lectura de mi biblioteca, en la que todas las obras del mundo se ordenan como si constituyesen una sola OBRA todavía no terminada, y en la que todo es tan limitado, tan terriblemente limitado, que su destino es desaparecer en mi mente en pocos minutos. Leí las Mil y una noches, la tragedia de Madame Bovary y los hexámetros ingleses de la Evangeline, que Longfellow escribió únicamente para que yo me deleitase; leí con placer el mejor poema del mundo (Le bateau ivre), el soneto en el que Ronsard desea que el cuerpo de una mujer “ne soit que roses” y los libros mágicos del Ramayana, y al abrir y comenzar a leer un volumen de Mallarmé tuve que cerrarlo de súbito sin razón aparente, recorrido mi cuerpo por un estremecimiento. Me lancé a la lectura del Quijote y de Hamlet, de las Metamorfosis de Ovidio y de la Transformación de Kafka, del Ulises de James Joyce, y, finalmente, opté por la Odisea, la leí en un segundo y me sentí

nuevamente desconsolado, como nunca en mi vida me había sentido.

Tras esta dolorosa experiencia pasé otras mil veces por la biblioteca, pero sus ejemplares me resultaban tan implacablemente conocidos que no existió para mí una sola letra en la que no me fatigase. Concebí entonces la idea de conseguir la gran obra, la obra infinita que en cada línea encerrase una pregunta para la que sólo se pudiera hallar respuesta en la línea siguiente, o en la que dos renglones constituyesen un silogismo en el tercero y éste, a su vez, figurase como la primera afirmación de un segundo argumento cornuto. Pensé en la obra panteística, en el resumen en un único verso o en una única palabra de toda la Literatura, dentro de la cual sólo yo encontraría los cantos épicos de la Iliada, los poemas de *Les fleurs du mal* o un verso fatídico de Mallarmé que ahora no recuerdo. A la búsqueda de este único libro me lancé una mañana soleada en que los volúmenes eternos de las estanterías brillaban como espadas contra mí, y regresé esa misma mañana, u otra muy lejana, encontrándolos cubiertos de polvo y cerrados y silentes como el Universo. Recorrí en mi viaje todas las bibliotecas, todas las librerías, todos los portales oscuros y todos los prostíbulos del mundo; degeneré desde la mayor biblioteca de la Tierra (situada en el lugar para muchos desconocido) hasta el burdel más repugnante, pasé de un amor inmenso a una insensibilidad vegetal, como Clicia, y del aspecto

humano a la apariencia de una bestia, como Gregor Samsa. Mi sufrimiento fue mayor que el de Raskolnikov; mi odisea, más grande que la de Ulises y Leopold Bloom. Pero no hallé el Libro.

Al regresar me sentí solo, sentí que la biblioteca me asfixiaba y decidí acabar con la literatura. Para este acto liberador elegí el día 23 de abril, en que una obra que es calificada de magna entró por primera vez en mi vida (recuerdo que fue el famoso párrafo inicial de ese libro el primero que escuché, antes, mucho antes de poder leerlo por mí mismo). La primera obra que quemé fue el volumen de poesías de Mallarmé, y después ardieron sucesivamente los sonetos de Shakespeare, los *Four Quartets* de Eliot, la *Fábula de Polifemo y Galatea*, los *Cantos de vida y esperanza* y una antología del irlandés W.B. Yeats. Al finalizar la quema purificadora me encontré extraño, inexplicablemente tranquilo. Comprendí entonces las hogueras de libros ordenadas otrora por la Inquisición, entendí de un modo históricamente nuevo los asaltos a los monasterios protagonizados por los bárbaros de la Edad Media y pude comprender el rechazo vigoroso que Verlaine hace de todo lo que le desagrada.

Et tout le reste est littérature.

En el verso de Darío: “con el horror de la literatura”, creí hallar una nueva manera de resistir mi agonía. Sin embargo, ni siquiera entonces me liberé de ella.

Solamente esa noche dormí feliz, porque al ama-

necer retornaron mis sufrimientos. La biblioteca se levantaba nuevamente alrededor de mí. La odiada biblioteca había resurgido de sus cenizas y me apriionaba en uno de sus puntos cien mil veces inspeccionados. La recorrí silenciosamente, *v i e n d o* como cada obra ocupaba el lugar que había ocupado antes de la quema y descubriendo que sólo en muy escasas hojas perduraba aún el rastro lejano del fuego. Faltaban letras (en alguna ocasión palabras enteras), pero mi memoria las suplió y muy pronto pude leer de nuevo los viejos libros inexorables. Leí la peregrinación de Dante, la de don Quijote y la de Eneas, y lloré al redescubrir la tragedia de Ofelia y al hallarla flotando sobre las aguas, presa de una “*douce folie*” que habría de conmovier al iluminado Rimbaud. Leí todo lo que tenía leído ya muchos años antes, lo que estaba predestinado que yo leyese desde el remoto comienzo de los tiempos, y un impulso desconocido (el mismo que llevó al héroe de Dostoyevsky y a Judas a expiar su crimen) me llevó a mí también hasta un volumen silente que reposaba entre Othello y los Nibelungos. Observé dolorosamente el libro desde todos los puntos, lo tuve en las manos por espacio de varias horas, lo abrí y comencé a recitar:

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres

Pero no pude continuar. La sensación de ser yo infinito y de estar rodeado por todas partes de infinito

me ahogaba, impidiéndome distinguir las distintas Literaturas en la bola de cristal en que todas se mezclaban. Confundí a Machado con Shakespeare, a Lorca con Petrarca, a Curros con Pessoa y a Rilke con Edgar A. Poe, y esta heterogénea visión de mis torturadores me hizo sentir más aciaga la agonía. Pensé que iba a morir, pero la sensación de no haber experimentado nunca la vida me liberó del oprobio del ataúd. Entonces comencé a recordar las experiencias estremecedoras soportadas por hombres como yo, ilimitados como yo, pero tan distantes de mi sufrimiento, que no podría acercarme a ellos aunque atravesase en su busca los espacios eternos del Universo. Recordé al argentino Borges, que encontró en un sótano de Buenos Aires un punto prodigioso (el Aleph) constituido por todos los objetos del mundo, y a Baudelaire, que vio en las calles de París como un viejo repugnante se multiplicaba hasta siete veces, y sin embargo consideré que estos prodigios no fueron nada frente a la terrible causa de mi martirio. Ellos observaron como el Todo se concentraba en un solo lugar (Borges), o como se escindía un único ser en siete seres múltiples y homólogos (Baudelaire). Yo, milagrosamente, pude captar en un solo hemistiquio la totalidad de la Literatura. Odié a Mallarmé, pero también lo amé y amé sobre todo su genialidad al resumir en un verso la mayor de las agonías. Pensé que él la había experimentado ya antes que yo, pero acabé por creer que no había leído jamás un solo libro

y que la sabiduría de sus poemas era artificial, y que quizás nunca supo escribir y tuvo que dictar uno por uno todos sus versos.

Dejé reposar sobre su estantería el ejemplar recompuesto a partir de sus cenizas, en el que solamente yo podría leer *L'après-midi d'un faune* y *Brise marine*, y me dediqué a recorrer por enésima vez mi biblioteca. Fui amándola poco a poco, nuevamente. Descubrí, entre los volúmenes más recientes, las obras adquiridas en el instante apoteósico en que pude descifrar la primera letra, y esto me trajo a la memoria mi gran anhelo ahora ya olvidado. Recordé la remota niñez, en la que yo ansiaba tener leídos algún día todos los libros del mundo y envidiaba a Mallarmé por su venerable situación. En esos días (recordé), tenía por costumbre despreciar a los hombres que despreciaban algún tipo de literatura, y tanto valor cobró para mí el *Hamlet* como el peor de los manuales eróticos. Para llevar hasta las últimas consecuencias este terrible concepto me lancé a la caza de las obras más sublimes y de las más despreciables, hasta que una noche que buscaba en el fondo de mi diminuta biblioteca pude darme cuenta de que la estaba infestando de inmundicias. Entonces decidí borrar de ella los libros que mereciesen ser eliminados, y conservar sólo las grandes muestras imperecederas del genio humano. Al cabo de cierto tiempo no tuve más remedio que retornar a aquellos volúmenes innobles, hasta los dos días inolvidables

en los que consumí definitivamente mi agonía: uno, cuando el último de los libros escritos (malos y buenos) llegó a las estanterías; otro, cuando leí la Odisea (o el Ulises de Joyce) y no encontré más obras para devorar.

Dejé dicho líneas arriba que mi biblioteca es una, íntegra y plenaria, y ahora descubro que esa afirmación es una falacia y que en lo más recóndito de sus anaqueles aún hay espacio para un último Libro, grandioso pero inexistente. El autor de esta obra jamás existió, y tanto habría podido ser Quevedo, como Homero, como la triste Rosalía; sin embargo, sé que ninguno de ellos escribió nunca una sola letra de este volumen, porque para hacerlo es necesario haber leído antes todos los libros. Quizás yo mismo sea el predestinado a condensar en un escrito supremo la totalidad de la Literatura, concentrando en una palabra (o en una letra) los viajes arriesgados de Gulliver y de Ulises, la odisea de Leopold Bloom y la terrible avaricia de Machbeth, y esta idea abrumadora sirve para quitarme el sueño en todos los instantes de mi agonía. Me siento fuerte, potente como un superhombre de Nietzsche, pero a veces también me derrumbo y renuncio a recoger mi inmensa sabiduría en la obra que habría de terminar (en una eternidad muy remota) por consolarme. Sé que tengo que repasar para esta empresa uno por uno todos los ejemplares de las estanterías, desde el mayor libro del mundo (que no existe) hasta el ínfimo volumen (que

tampoco existe), y este pensamiento me agobia ya por adelantado. Sé que no daré escrito esta obra jamás; que, al poco rato de comenzar, la muerte o el cansancio vendrán a impedirme la ejecución del trabajo portentoso y que nunca podré leer un Libro que sea compendio de todos los demás libros. Sé que estoy llegando al fin de mi agonía y que lo confundo todo, y que las páginas que me podrían salvar de la destrucción son las de Cien años de soledad o las de A la recherche du temps perdu, y sin embargo sé que no son ninguna de ellas. El autor de esa obra sin final (aunque no infinita) puede ser Homero, pero tengo que ser solamente yo. Mi biblioteca y mis ojos agonizantes aguardan, minuto tras minuto y segundo tras segundo, su feliz aparición.